

EL MUNDO CÓMICO

DIRECTOR LITERARIO:
MIGUEL RAMOS CARRION.

SEMANARIO HUMORÍSTICO.

(SE PUBLICA LOS DOMINGOS.)

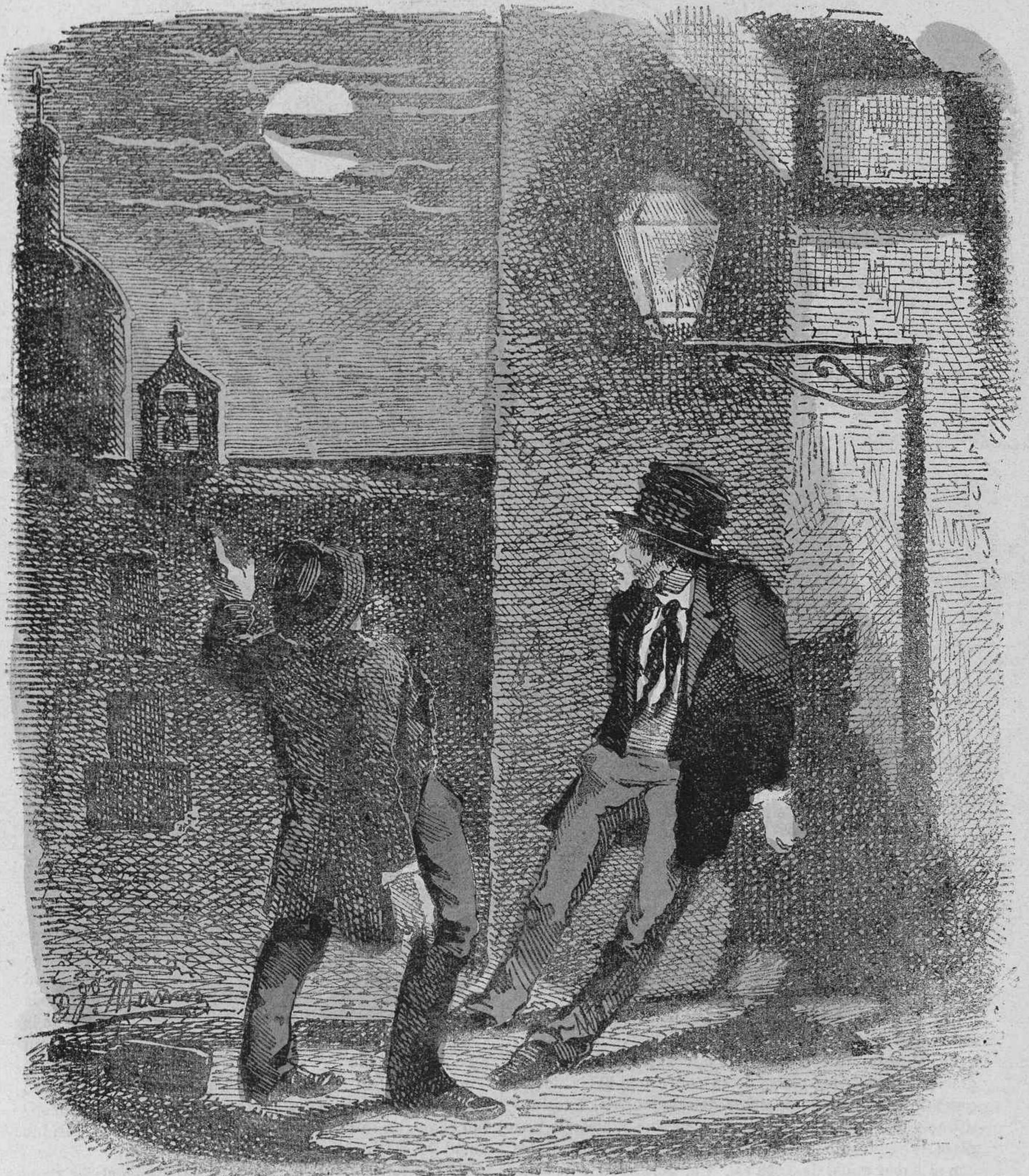
DIRECTOR ARTÍSTICO:
FELIX JAIME Y MAINAR.

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID: un mes, 4 rs.: número suelto, un real.—PROVINCIAS: un mes, 5 rs.: tres meses, 13 rs.: número suelto, un real 50 céntimos.—PORTUGAL: tres meses, 16 rs.—FRANCIA, INGLATERRA ó ITALIA: tres meses, 20 rs.—AMÉRICA Y FILIPINAS: semestre; 3 ps. fs.: un año 5 1/2 ps. fs.—Se

suscribe en las principales librerías de Madrid, Provincias, Extranjero y Ultramar, y directamente ó por medio de letra ó libranza en la Administracion de este periódico, calle de Isabel la Católica, núm. 19 bajo. No se admiten sellos de comunicaciones.

LOS PERDIDOS (Ó LOS BORRACHOS.)—POR DOMINGO.



—Dígame V., amigo.... ¿ese es el sol ó la luna?
—¡Hombre!.... no sé decirle á V.... porque soy forastero y no conozco las costumbres de este país.

EN LA ÓPERA.—POR GREVIN.



—Yo comprendo que V. ama á otro; pero permítame V. al menos que tenga la dulce satisfacción de esperar á los piés de V.....
 —Que le llegue á V. el turno?

EL PREMIO GORDO.

I.

Valentin se creyó poderoso el día que tuvo en su bolsillo veinticinco duros. Con lo cual escuso decir á mis lectores que Valentin era un infeliz en toda la estension de la palabra.

Porque el hombre que se juzga dichoso con veinticinco duros, es que no merece más que una felicidad de quinientos reales.

El pobrecito quedó huérfano á los diez y ocho años, y gracias á un señoron amigo de su padre que habia sido lo que más y lo que ménos, señor de campanillas, Excelentísimo y todo, entró á servir en no sé qué Ministerio una plaza de aspirante á escribiente de la clase de quintos con el haber anual de 3.000 rs., y el deber diario de asis-

tir á la oficina con toda puntualidad y copiar minutas desde las diez de la mañana hasta las seis de la tarde, amén de pasarse allí alguna parte de la noche cuando le tocaba de guardia.

Tres mil reales divididos entre trescientos sesenta y cinco días del año, dan un cociente de 8 rs., y un residuo de 80. Esta operacion matemática la habia hecho Valentin sobre cincuenta y cuatro veces el día que recibió el nombramiento para aquel importante cargo, pero por más que la repetia no resultaba para cada día de los años que le amenazaban por delante, sino un sueldo de 8 reales y un pico tan pequeño que apenas si era pico de pájaro-mosca.

Apesar de todo, Valentin se dió por satisfecho, acomodó sus necesidades diarias á aquellas dos pesetas, y conceptuó como un *sobrante* dedicado á lo supérfluo el residuo anual de cuatro duros.

Un funcionario público, aun de la ínfima clase, tiene

EN LA ÓPERA.—POR GREVIN.



- Se dignará V., señora, dispensarme la honra de cenar con mi go?
 —No, señor.
 —Está V. quizás comprometida con otro?
 —No, señor.
 —Entonces, estás enferma?

que presentarse en la oficina decorosamente vestido. Allí se rozará con otros empleados de mayor categoría y sueldo que le tratarán con desden si no viste como ellos; allí tendrá que sentarse alguna vez para escribir al dictado en el despacho de un jefe superior que no le mirará con buenos ojos si lleva una levita raída ó unas botas demasiado risueñas, y quién sabe si llegará ocasion en que el Director general utilice cerca de sí sus servicios, ó de que un Ministro nuevo visitando sus dependencias repare, aunque sea de paso, en aquella molécula administrativa, en aquel átomo de la materia gubernamental.

Todo esto obliga al empleado de poco sueldo á vestir siquiera decentemente.

Y calculen mis lectores los apuros de un infeliz que con tres mil reales tiene que comer y vestirse todo un año, aunque no haga más que no andar desnudo y no morir de hambre.

Pues todos esos apuros y unos pocos más, pasó nuestro héroe (¡y tan héroe!) hasta encontrar la solución del problema que su suerte le presentaba. Pero lo resolvió.

La necesidad es la gran matemática.

De los ocho reales diarios, destinó cinco para el pupillage, dos para vestirse y uno para diversiones.

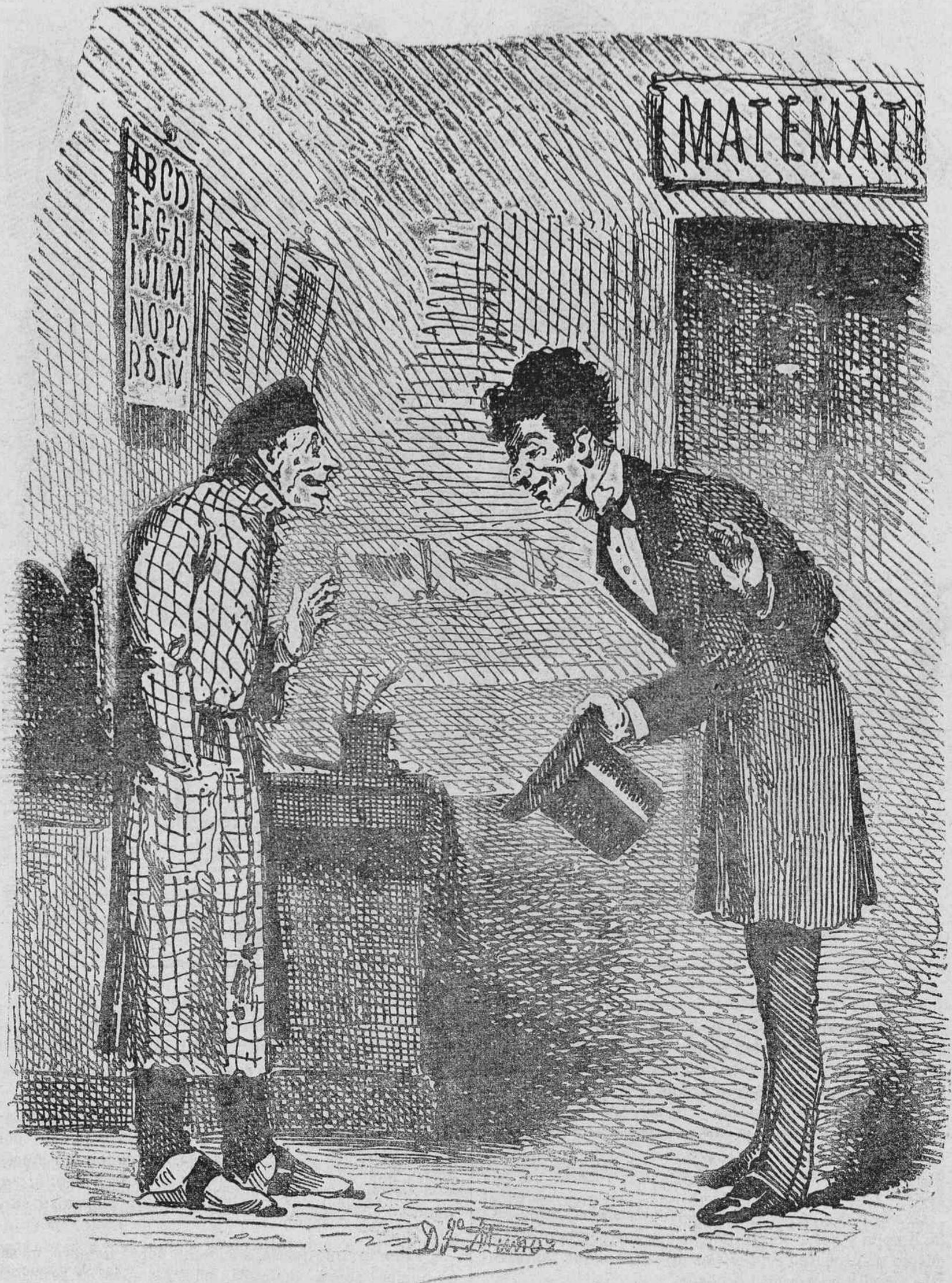
¡Una diversion de ocho cuartos y medio todos los dias! Valentin no tenia razon para quejarse.

Vivia (permítanme Vds. que diga que vivia) en un sotabanco de la calle de la Berengena. La patrona le daba por cinco reales, una especie de cama metida en un hueco oscuro que élla llamaba el gabinete de D. Valentin; un par de huevos fritos ó cuatro dedos de longaniza sospechosa para desayuno con dos higos de postre en el invierno ó un poco de fruta en el verano; por la tarde sopa de fideos, abundante, cocido y ensalada, y por la noche un vaso de agua para acostarse.

Vestirse decentemente con dos reales diarios no era menos difícil que alimentarse con lo que dá por cinco una patrona. Sin embargo, Valentin lo habia conseguido.

Levitas, pantalones y chalecos en buen uso, sombreros reformados, camisas de una transparencia inverosímil, todo se halla en Madrid por poco dinero sabiendo buscarlo, y

ACTUALIDADES.—POR DOMINGO.



—Soy candidato, y quiero que me dé V. unas cuantas nociones de Gramática Castellana....
—..... No puedo servir á V. porque tengo lo menos doce en el mismo caso, y tengo que darlos nociones de sentido común.

RECUERDOS DE LA NIÑEZ.—POR DOMINGO.



—¿Te acuerdas Homobono, cuando tirábamos majuelas con un canuto á los farolillos de los escaroleros? ¡Ji! ¡Ji!... y cuando tocábamos la carraca el Jueves Santo.... y aquel día que nos quedamos sin comer, y nos llevó tu señor padre á confesar por haber jugado al peon?... Ji.... Ji.... Ji.... Ji....

—¡Aquel año entré yo en quintas! ¡Qué calaveras éramos!

esto cualquiera aprende en las circunstancias que atravesaban á Valentin.

Lo cierto es que el muchacho se presentaba arregladito, limpito y hasta elegantito, sin que sus compañeros de oficina sospechasen siquiera las privaciones que representaba aquella exterioridad decente.

II.

Pasaron dos años desde el día en que Valentin tomó posesion de su destino, y los ocho duros de residuo que correspondían á aquellas dos anualidades los había gastado en qué dirán Vds? En esperanzas.

Bajo la prosáica forma de un décimo de billete de la lotería nacional se ocultan todas las poéticas visiones de una esperanza; todas las formas pintorescas de una ilusion que sonrie.

Y Valentin, que queria, siendo un pobre hombre, no ser un hombre pobre, compraba todos los años 80 reales de esperanzas en números que nunca figuraban en la lista de los premiados.

Aquel era su único vicio, y por más que despues de tantos desengaños se propuso mil veces no jugar más, la seductora lotería le presentaba al paso un cartel con el número que habia logrado el premio grande en la extraccion anterior, ó un letrero con estas palabras, que parecían

anunciar la felicidad para el siguiente: «Hoy es último día de billetes.»

Los vendedores ambulantes de décimos parecían conocer en la cara de Valentin la pícaro afición, y le perseguían repitiendo á gritos números seductores, números preciosos, números que, á su juicio, no podían menos de salir premiados. Y cuando podía, los compraba.

Una vez le tocaron seis duros. Poco era, pero lo bastante para acrecentar una afición como la suya.

Desde aquel día se le puso entre ceja y ceja, sitio en que suelen colocarse todas las ideas absurdas, que iba á tocarle el premio gordo.

III.

Al salir de la oficina el último de Mayo, Valentin marchaba lentamente por la calle de Alcalá, cuando un chicuelo, interrumpiéndole el paso, gritó con voz de timbre argentino:

—Señorito; mañana sale. Cómpreme Vd. un décimo. Mire usted que bonito: el 4.317.

Todos los halagos de la ilusión hicieron detenerse de pronto á Valentin, cuyos ojos se fijaron tenazmente en el décimo que le presentaba el chico.

Acababa de cobrar la mensualidad: el número del billete le pareció encantador. Dudó un momento.... costaba 400 reales el décimo.

Parecía imposible que un muchacho harapiento ofreciese un papel cuyo valor era de cinco duros, y que podía ser á la mañana siguiente una letra contra el Tesoro de quince mil duros.

Aquel chicuelo era la desgracia ofreciendo la fortuna; pero la desgracia con la sonrisa en los labios y el aspecto jugueton y con todo el encanto de la infancia.

Valentin se decidió al cabo; sacó cinco duros del bolsillo, cogió tembloroso el décimo, y asustado de sí mismo, y no queriendo pensar en las privaciones á que tendría que someterse por aquel capricho, se dirigió á la calle de la Berengena.

Comió sin apetito; pagó la mensualidad á la patrona, que ya la esperaba con ansia, y despues, como sentía un fuerte dolor de cabeza, se metió en su cuchitril y se acostó pensando en el 4.317.

Por más esfuerzos que hacia para dormir no lo conseguía, y eran aún las doce de la noche cuando el infeliz, con una jaqueca que lo tenía loco, se levantó en paños menores, salió al pasillo, entró en la cocina, abrió la ventana que daba á un patio, y se asomó á ella para respirar el aire libre.

La noche era fresca y hermosa. El cielo estaba purísimo.

Valentin fijó en él sus miradas y logró al cabo desvanecer la pesadilla que despierto y todo le había acosado.

En ella había visto el número 4.317 descompuesto y colocándose frente á frente cada dos de sus guarismos, que bailaban un rigodon infernal, una especie de can-can aritmético capaz de hacer perder la cabeza aun á quien la tuviese más segura que Valentin.

El núm. 4 hacia batimanes y piruetas, el 3 se inclinaba graciosamente haciendo burla al 4, que tieso y grave seguía el compás de una música extravagante, y el 7 daba golpes con su martillo en el suelo mientras levantaba poco decorosamente su único pié.

Todas estas imágenes pintadas en la sombra por la fiebre del insomnio, se desvanecieron con el aire fresco de la noche, y Valentin se volvió á la cama logrando dormirse al cabo.

IV.

Al día siguiente le despertó á las once de la mañana una voz que gritaba á lo lejos:

—¡La lista grande!

—¡Doña Benita! gritó Valentin llamando á su patrona, y asustándose al propio tiempo de verse á aquellas horas en la cama.

La patrona abrió la puerta, y no entró en el gabinete de D. Valentin porque no cabía.

—¡Baje Vd. por la lista grande!

A los pocos momentos Valentin, tembloroso, fijaba sus ojos en la lista, mientras doña Benita, curiosa como mujer, se detenía á la puerta para saber si á su huésped le había tocado ó no la lotería.

De pronto Valentin dió un grito, y con la boca y los ojos desmesuradamente abiertos, se lanzó del catre sin pensar que ofendía al pudor de doña Benita, que no por eso se movió del sitio, cogió convulsivamente el chaleco que tenía á los piés de la cama, sacó de un bolsillo el décimo comprado el día anterior, y despues de mirarlo se acercó á doña Benita diciendo:

—Dígame Vd. que no es mentira, que no estoy soñando; es el mismo; el 4.317; ¡el premio gordo!

—¡Cómo! Es posible! Vd!...

—Mírelo Vd... ¡es el mismo, el mismo!

Y Valentin daba brincos sobre un ladrillo, porque no había más trecho, y se tiraba sobre la cama, empezando un bailoteo en camisa que era cosa de taparse los ojos.

—¡Doña Benita! Decía. Soy rico y Vd. es rica; todos somos ricos. ¡Yo pago todo! Viva el Gobierno! Viva la lotería! Muera mi jefe!

Doña Benita cogió el décimo y dijo:

—No sea Vd. loco; puede que se haya equivocado. Yo no veo: voy por los anteojos.

—Necesita anteojos para ver el premio grande ¡Qué animal! exclamó Valentin besando la lista, el billete y la almohada.

Por fin volvió doña Benita y vió el número, y se convenció de que su huésped tenía razón, y de que le habían tocado 15 mil duros.

Renunciamos á describir lo que sucedió luego. Despues de la certeza volvió la duda, pero una duda ligerísima, sin fundamento; una duda que parecía presentarse para que contrastara algo con aquella felicidad sin límites. Esta duda era si el billete sería falso.

Para salir de ella, Valentin se decidió á vestirse á la vista de todos los huéspedes que habían acudido asombrados.

Salió á la calle y tuvo que volver á subir, porque se le había olvidado el sombrero, y llevaba puesta una bota y una zapatilla.

El administrador de la lotería donde se expendió el décimo, le dijo que era bueno, y que estaba dispuesto á pagarlo, y Valentin metió en el bolsillo de la levita, sin salir de su asombro, 75 billetes de á 4.000 rs., y se lanzó á la calle dando gritos de alegría y saltos á tal altura, que los transeuntes se paraban para mirarle.

Tanto saltó y tanto grito dió que á los pocos momentos vióse rodeado de un corro de gentes, que decían:

—¡Está loco!

Y él continuaba gritando cada vez más:

—El gordo! El gordo! Lo cogí, lo cogí!

Vamos, vamos, le dijo un agente de la autoridad acercándose á él: ¿á qué viene ese escándalo? Siga Vd. por su camino si no quiere que le lleve á la prevención.

—¡A la prevención á mí! exclamó Valentin con la osadía que prestan 15.000 duros. ¡A mí! Yo soy riquísimo.

La gente reía y celebraba los dichos de aquel que tenían, con razón, por loco, y el círculo de curiosos iba creciendo cada vez más.

—Le digo á Vd. que no escandalice, repitió el agente.

—¡Calle Vd., miserable! repuso Valentin. Vea Vd. quince mil duros que no los ha visto juntos en toda su vida.

Y se llevó la mano al bolsillo, y se quedó pálido como la

muerte, y exclamó palpándose todo el cuerpo y con los ojos entreabiertos:

—¡Me han robado! ¡No los tengo!

La gente se echó á reír de aquella extraña locura, y el grupo fué disolviéndose poco á poco al oír que gritaba el desdichado:

—¡Ladrones! ¡Esos son ladrones!

Y en efecto, entre el gentío que se había agolpado para disfrutar de su extraño baile, alguien le había sacado del bolsillo el paquete de los billetes, ó se le había caído al suelo y alguno había huido con él.

—¡Ladrones, ladrones! repetía.

V.

En esto oyó la voz de doña Benita que le decía:

—Por qué grita Vd? Despierte Vd., que tiene una pesadilla.

Valentin abrió un ojo y luego el otro, y se encontró acostado en el sotabanco de la calle de la Berengena, y comprendió ¡desdichado! que todo había sido un sueño.

Pero cuando aun no acababa de darse cuenta de lo sucedido, oyó realmente la voz que gritaba:

—¡La lista grandel!

—Baje Vd. por ella, dijo á doña Benita. He soñado que me había tocado el premio gordo... acaso sea verdad.

—Sí, sí; buenas y gordas, contestó la patrona.

Bajó por la lista, subió con ella, la cogió Valentin con ansiedad, y vió que el premio grande había tocado en suerte al núm. 28.029.

¡Ni uno siquiera de los guarismos del suyo!

Y cuando ya desesperado iba á arrojar al suelo la lista, se destacó á sus ojos en la columna del cuarto millar la siguiente línea:

4.317..... 250 pesetas.

Total: le habían tocado 25 duros: la felicidad que merecía; una felicidad de 500 reales.

Miguel Ramos Carrion.

EL SIETEMESINO.

Lector; yo tengo una cualidad que no sé si es buena ó mala, la de la franqueza.

Y esto motiva el que me permita empezar este artículo sin pedirte una limosna de benevolencia, como es costumbre en casos análogos al en que yo me encuentro.

No apelo á tu bondad, porque sé muy bien que tú en este momento no estás satisfecho de tí mismo. ¿Por qué? —Porque cuando un hombre que no es de negocios (porque tú no eres hombre de negocios, y la prueba es que te fijas en un artículo como este) toma un periódico, una de dos; ó las ideas que ocupan su imaginación no le agradan, ó se halla en estado de inacción intelectual.

En los dos casos necesita de las ideas de otro, y de ahí el que yo no te agradezca tu atención.

Perdona este alarde de franqueza, que si no otra cosa, prueba que la expresada cualidad es *l'enfant terrible* de las cualidades.

Cojámonos, pues, del brazo metafóricamente, y demos un paseo por el terreno de las ideas.

Yo tengo un paseo favorito, una idea fija, el sietemesino; ese sucesor del currutaco, del petimetre y del pisaverde.

A primera vista te parecerá que no merece atención, pero si reflexionas un momento, recordarás que el estudio que se hace por medio del microscopio en el mundo material, merece justísimamente la atención de la ciencia, y que por consiguiente debemos tratar de aplicar el microscopio

moral al sietemesino, y así conseguiremos realizar el estudio de ese peregrino infusorio social.

Físicamente considerado el sietemesino, suele ser de poca estatura, delgado, de facciones correctas pero insignificantes, y si tiene barba, se la deja indefectiblemente hasta el punto de que su cara parece la de un niño asomado á la barba de un hombre.

Viste con arreglo á la moda presunta, antes de que la gente la adopte, antes de que el uso la sancione, y tiene decidida afición á los colores claros. Su precipitación le impide ser elegante, y su falta de estética le suele lanzar al ridículo.

Su fisonomía trata de expresar la seriedad, aunque infructuosamente, y lo incompleto de su sonrisa, cuando sonríe, demuestra que nunca forma un juicio decisivo sobre lo que oye.

Es un error creer que tiene edad; no, no la tiene, yo estoy seguro de ello; yo conozco sietemesinos con el pelo blanco, y los conozco también sin pelo de barba, lo que prueba que es una cualidad inherente, y que cuando se nace sietemesino no hay medio humano de dejar de serlo.

A semejanza de todos los seres colocados cerca del hombre en la escala zoológica, el sietemesino vive en sociedad, y tímido, no se aparta de sus semejantes mas que esforzándose mucho, y eso por breves instantes, y cuando las condiciones especiales de la vida le apartan de sus iguales se agosta y muere, como si su inteligencia no pudiera soportar la superior temperatura, digámoslo así, de la inteligencia del hombre.

Y sin embargo no es una raza, porque el sietemesino no se casa nunca, y ama rara vez; es la resultante casual de una creación descuidada. Parece como un hombre extraído del depósito de donde todos provenimos, pero extraído fraudulentamente, sin que el empleado encargado de imprimir en él el sello de la inteligencia se haya ocupado de sellar la suya.

¿Por qué no se casa el sietemesino?

Porque el amor no puede producirse entre dos almas separadas por una inmensidad de diferencias; porque así como él existe, y con lamentable abundancia, *ella* es un ser desconocido, porque la sietemesina es más fabulosa aun que la sirena.

No ama, y sin embargo no experimenta la necesidad del amor, porque no encuentra nada que excite, que despierte en él esa pasión tan común en el hombre.

Sin embargo, á pesar de no ser susceptible del amor, de esa pasión creada por un genio maléfico, y creada con una habilidad tal que es lo único que puede anublar á veces el risueño horizonte de la juventud, el sietemesino es desgraciado, y lo es, porque siente por una corbata ó por un baston toda la vehemencia del amor, sin experimentar la dulce compensación que el amor ofrece en algunos casos.

En cuanto á sus aficiones, ni aun en ellas es original puesto que siempre tiene alguno á quien imita, y ese alguno suele ser el que más se le parece de los *hombres* que conoce.

En las cuestiones de arte, se sabe de memoria *Barba azul*, y sostiene que el *Drama nuevo* es cargante; afirma que á los conciertos ó al teatro Real no se puede ir mas que á ver la gente, y entre una levita parisiense y el *cuadro de las lanzas* no vacila nunca, sostiene que hay más arte en la levita.

En política, no como resultado de una meditación detenida, sino como resultado de lo débil que se siente, se inclina generalmente hácia las ideas reaccionarias.

En religion, admira al ateo, porque le parece que eso debe ser *muy elegante*; pero, sin embargo, no se atreve á serlo, resultando de aquí que demuestra con su sonrisa displicente, cuando se habla de religion, todo el cinismo del ateo y toda la timidez del fanático. Dios es demasiado gran-

de para que le quepa en la cabeza, y el ateísmo demasiado oscuro para quien, como él, tendría que atravesar sus tinieblas sin el auxilio de una modesta lamparilla intelectual.

Algunas veces el sietemesino es valiente, pero su valor es muy parecido al de la cabra, que siendo como es un animal muy tímido, atraviesa desfiladeros inverosímiles y dá saltos por encima de insondables abismos.

Muchas veces cuando le vemos asomarse á uno de esos principios sociales, se nos ocurre lo que cuando vemos á la cabra apoyada en una arruga de una roca y mirando tranquila el abismo á sus piés. ¿Será el valor del convencimiento? ¿Será el de la ignorancia del peligro?

Largos podían ser estos apuntes para empezar el estudio del sietemesino, pero por el momento no nos sentimos con fuerza para continuar en ellos; solo vamos á apuntar una observación histórica y otra geográfica.

La primera, es que el sietemesino existía el año 420 a. de J. porque solo así se comprende que Platon definiera al hombre diciendo que «era el animal de dos piés sin plumas, y la segunda, es que el sietemesino no existe en Suecia, porque si allí existiera, no se habría Linneo atrevido á dar el calificativo de *sapiens* al hombre cuando lo clasificó en su historia natural.

Perdona, lector, si el paseo á que te he conducido no ha sido de tu agrado, pero sírvate de consuelo que, aparte del paseo de la ciencia, que está poblado de árboles de hoja perenne, pero para entrar en el cual no tengo yo permiso, del paseo de la política, y todos los demás están tan desarreglados y sus árboles tan enfermizos, que desconsuela pasear por ellos.

Adios, pues, y perdona si no he conseguido apartarte de las ideas que te molestaban, ni despertar en tí otras que sean de tu agrado.

Adolfo Malats.

ANACREÓNTICA.

Díme, pastorcilla;
díme, niña hermosa,
ángel de mis sueños,
de mi vida gloria;
¿por qué la tristeza
esparce sus sombras
por tu bello rostro,
y á raudales brota
de tus ojos llanto
que á mi alma acongoja,
y que á tus mejillas
el cármin las roba?
¿Por qué de tus labios
de color de rosa
huyó la sonrisa?
¿Por qué de tu boca
ni una sola frase
escucho amorosa,
ni alegres canciones
cual antes entonas?
¿Por qué tristes ayes
lanzas silenciosa?
¿Por qué cuando límpida
despunta la aurora,
y por el Oriente
el rey-astro asoma,
cual Filis y Amintia,
Clóris y cien otras,
que son de estos valles

sencillas pastoras,
no bajas ya al prado
y oculta en tu choza
tu rebaño á ajeno
cuidado abandonas?
Díme, ¿por qué sufres?
¿qué pena te agobia?
¿qué dolor te aflige?
—Y á usted qué le importa?—

Liborio C. Porset.

EPÍGRAMAS.

A un quinto, que era de Pinto,
amó la hija de Modesto;
más con tan mudable instinto
que sin olvidar al quinto
le empezó á gustar el sexto.

Murió el avaro Sonaja,
y antes que se le enterrase
se encogió para que entrase
menos paño en su mortaja.

Liborio C. Porset.

Solucion á las charadas del número anterior.

1.ª—Charada.

2.ª—Capón.

3.ª—Gastos.

CHARADAS.

1.ª
Cuando digo mi prima
digo mi *tercia*
y es lo mismo *dos-una*
que *dos-tercera*.
Y el *todo* que es palabra
de estas columnas
da *una-dos-tres* lo mismo
que *tres-dos-una*.

2.ª
Persona al derecho
y dia al revés,
No es más que una sílaba
¡Diga Vd. cuál es!

3.ª
Dos-una de *prima-dos*
todo lo que en ella tengas
y al fin te será imposible
el poder estar en ella.

(Las soluciones en el número próximo.)

CORRESPONDENCIA DE EL MUNDO CÓMICO.

- R. M. B.—Gijón.—Recibida su letra 13 rs. Se cumplirá cuanto dice
M. P. (C. B.)—Calatayud.—Se le servirá y se hará la reclamación á la antigua empresa.
S. R. A.—Búrgos.—Queda servido el S. del R.
P. B.—Madrid.—Queda servido el Casino de Segovia.
J. B. O. B.—Tuy.—Recibida letra 13 rs. Suscripción por 3 meses. S. R. queda servido.
M. B.—Tarragona.—Recibida su letra 24 rs. Suscripción Centro Tarraconense.

MADRID.—Imp. de Enrique Vicente, Cuesta de Santo Domingo, 20.